

## ¿Por qué la revolución sólo triunfó en el Imperio ruso?

*José Luis Martín Ramos*

### 1. Introducción. Origen y desenlace de la revolución mundial

■ La Revolución rusa no fue una respuesta totalmente inesperada a la Gran Guerra ni tampoco pretendió ser una respuesta exclusiva. Que una guerra general podría desembocar en un estallido revolucionario fue algo que se consideró como pronóstico y propuesta en la socialdemocracia europea y, desde un interés distinto, entre las elites y los gobiernos de la época. Desde el conflicto del Marruecos –en 1905– que enfrentó al Imperio Alemán con la “entente cordial” establecida por los gobiernos de Francia y el Reino Unido para repartirse el Norte de África, la Segunda Internacional debatió sobre cómo hacer frente a la amenaza de guerra. En su congreso de Stuttgart, en 1907, la cauta ponencia antibelicista de Bebel, líder del SPD, de actuar con “los medios que parezcan más eficaces” para evitar la guerra y si no se había conseguido “por lo menos actuar de tal modo que tenga fin rápidamente”, fue endurecida gracias a la enmienda, aceptada por el congreso, de Rosa Luxemburg, Lenin y Martov, que añadió al final que si el conflicto estallaba la clase obrera había de “utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista” (Del Rosal, 1958). Esa consideración final fue habitual en el seno de la socialdemocracia, aunque frecuentemente más con un sentido retórico que otra cosa. El propio Bebel espetó al Reichstag en 1911: “Estoy convencido que esta gran guerra mundial que se aproxima será seguida por una revolución mundial. Recogeréis lo que habéis sembrado. Se acerca el crepúsculo de los Dioses para el régimen burgués” (Kriegel, 1976).

Lenin nunca se apartó de esa previsión y propuesta y con ella reaccionó cuando finalmente la Gran Guerra se produjo. Quienes sí lo hicieron fueron los principales partidos de la Segunda Internacional que se sometieron a las dinámicas de sus Estados, a los postulados de sus respectivos nacionalismos y a sus “lógicas” de guerra. La oportunidad de desencadenar como respuesta una revolución mundial no estuvo en las manos de la minoría que rechazó esa sumisión, hasta que la imprevista duración de la guerra y el enorme coste social y cultural que comportó la pusieron sobre el escenario de esa catástrofe como posibilidad y como necesidad. Lo hizo empezando por lo que, en feliz metáfora, Lenin denominó el eslabón más débil de la cadena imperialista, el Imperio Ruso, en el que existía desde 1905 una experiencia adquirida de la relación entre guerra y revolución. La “revolución rusa” fue considerada desde el primer momento por

## 1. LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917

la dirección bolchevique —a la que se sumó Trotsky en el mismo 1917— no como un hecho local, como postulaban los integrantes del gobierno provisional constituido en febrero de 1917, sino como el inicio del proceso de la revolución mundial; un inicio que no podía desaprovecharse pero que habría de tener su cumplimiento en la generalización de la onda revolucionaria en los estados capitalistas desarrollados, empezando por Alemania.

La guerra resultó condición necesaria pero no suficiente para la desembocadura en una revolución mundial. Las potencias vencedoras del conflicto neutralizaron el descontento popular con el señuelo de los beneficios del triunfo y con la obligada transformación del parlamentarismo en democracia representativa, una conquista efectiva del movimiento obrero que venía luchando por el sufragio universal también, aunque no fuera su objetivo final. En cuanto a las perdedoras, desaparecieron dos estados, el Austro-Húngaro y el Otomano, dando lugar a un nuevo mapa político en el que los movimientos revolucionarios se difuminaron; el que sobrevivió, Alemania, pasó de Imperio a República, y tuvo la capacidad suficiente para conjurar el ejemplo revolucionario del nuevo estado soviético y situar su propia revolución de noviembre de 1918, con la que acabó la guerra, en los términos de un proceso local, de democratización política pero no de alternativa sistémica.

¿Por qué triunfó esa alternativa en el Imperio Ruso y no lo hizo en el Imperio Alemán? No hubo una sola razón sino una combinación de razones que, eso sí, podemos resumir en una conclusión diferencial. El Imperio Ruso se derrumbó en 1917 como Estado, como consecuencia de un proceso de crisis que venía dejándolo sin cimientos desde el tránsito del siglo XIX al XX. Lo que cayó en 1918 en Alemania no fue el Estado, sino su forma monárquica, el régimen “guillermiano” y el bloque dirigente que lo había gobernado; pero el Estado sobrevivió bajo forma republicana con una transformación de sus bases de participación política y una recomposición consecuente a ella de su bloque dirigente, derivando la revolución inicial, la insurrección, en reforma. Una diferencia que no estuvo predeterminada, aun partiendo de condiciones generales distintas, sino que se fue construyendo a través de las decisiones tomadas por los actores sociales y políticos, colectivos e individuales, de cada uno de los dos imperios.

## 2. ¿Por qué triunfó en el Imperio Ruso?

El Imperio Ruso gobernaba a finales del XIX una sociedad en transición hacia el capitalismo industrial y agrario (Figes, 2000). El desarrollo de la agricultura comercial se benefició de la emancipación campesina transformando al siervo en jornalero y arrendatario y en el mejor de los casos en pequeño propietario y potenciando la venta y el arrendamiento de tierras de la nobleza en las regiones más fértiles, donde los nuevos propietarios podían llegar a ser pequeños terratenientes. El impulso capitalista se reforzó al finalizar el siglo con el cambio de coyuntura del mercado mundial

—elevación de precios agrícolas y descenso de los fletes— que alentó a los terratenientes, nobles o no, a intensificar la producción comercial, liquidando los arriendos —para explotar directamente la tierra en su beneficio—, o subiendo exponencialmente el precio de los que mantuvieron y bajando los salarios de los jornaleros. El crecimiento de la población campesina, que pasó de 50 a 79 millones en el último tercio de siglo, exasperó el hambre de tierra entre quienes no tenían ni siquiera para subsistir, y generó una emigración forzada de millones de campesinos, buena parte de los cuales alimentaron el crecimiento del proletariado industrial y de las ciudades; la población urbana pasó de 7 a 28 millones, con suburbios paupérrimos en Moscú, San Petersburgo o las ciudades mineras y portuarias.

### **“Lo que cayó en 1918 en Alemania no fue el Estado, sino su forma monárquica”**

Su consecuencia social fue un prolongado malestar campesino, frente al cual el Imperio, defensor al propio tiempo de los intereses de la nobleza tradicional y de las nuevas explotaciones capitalistas, no tuvo otra respuesta que la represión a cargo del ejército. Entre las dos últimas décadas del siglo XIX y los años anteriores a la revolución

de 1905 se produjeron más de 1 500 protestas campesinas reprimidas con mano militar.

Paralela a esa evolución del mundo campesino se produjo un arranque industrial, con intensidad notable aunque fuera disperso. Estimulado desde el gobierno por el príncipe De Witte, entre 1892 y 1903, presentó índices de crecimiento del 8% entre 1890 y 1900. Ese arranque mantuvo una importante dependencia de la inversión y la protección estatal y dos debilidades, en el ámbito de su financiación y, sobre todo, en el de su mercado, limitado el interior por la permanencia de una población campesina mayoritariamente tradicional y fuera de los circuitos comerciales, y el exterior por la pérdida de competitividad del Imperio frente a las potencias occidentales. Por otra parte, el arranque industrial estaba generando crecimientos urbanos intensos que repercutían tensionando las relaciones campo-ciudad y una presión impositiva, adicional al mundo campesino, para contribuir a la financiación de la política industrialista del Imperio y a su proyección exterior, y salarial, tanto sobre la parte afectada del campesinado como sobre las clases trabajadoras de la industria y la minería.

Ante ese cúmulo de tensiones nuevas, generadas por la “modernización” (no por el atraso, como vulgarmente se considera), el Estado zarista no respondió ampliando su base de apoyo y participación, recomponiendo un nuevo tipo de control e integración social. Al propio tiempo que se alentaba la transformación económica se bloqueaba toda transformación política, por el temor de que ésta pudiera desbordar el control del zar. Hay numerosos ejemplos de ello, uno de los más significativos fue

## 1. LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917

la contrarreforma de los *zemstvos*, los consejos de gobierno local instaurados en 1864, que, a pesar de estar dominados por la nobleza local y los sectores propietarios, fueron intervenidos a partir de 1890 por Alejandro III imponiendo sobre ellos el control de los gobernadores, los “pequeños zares”. La dimensión real de la autocracia se fue empequeñeciendo en proporción directa al crecimiento capitalista; las formas históricas, paternalistas, de control social estaban en quiebra y la burocracia civil o militar era insuficiente para atender tanto cambio y tanto conflicto. A comienzos de siglo XX, solo contaba para controlar el país con una magra policía de menos de 7 000 agentes y 1 800 suboficiales y un par de miles de “pequeños zares”, desprestigiados ante campesinos, clases medias y pequeños terratenientes. El recurso al ejército le resultó inevitable, pero un ejército no vive de sus “hazañas” interiores sino de sus victorias militares, y más si es un ejército imperial en su cúspide, y campesino en su base.

La ofensiva exterior en Manchuria y Corea con la que el Imperio Ruso quiso superar los estrangulamientos del crecimiento capitalista y el retroceso de la hegemonía del sistema autocrático, desembocó en la aventura de la guerra con Japón, menospreciado por el nacionalismo ruso y el gobierno de Nicolás II, que en 1894 sucedió a su padre no solo en el trono sino en la alergia a la reforma del Estado. La guerra (1904-1905) concluyó en derrota y en la eclosión de las oposiciones internas con un primer episodio revolucionario entre 1905 y 1906; del que siempre se menciona el soviet de San Petersburgo, pero en el que tanto o más importante que él fue la explosión de la rebelión campesina en las regiones de transición reciente hacia el capitalismo que se prolongó hasta 1906. A los factores de larga duración de la quiebra del Estado se añadieron a partir de entonces nuevos factores en el tiempo medio. La concesión de la Duma –que le permitió desactivar las protestas de la ciudad en 1905– quedó hipotecada al atribuirse el zar la disolución del parlamento y negarle todo control sobre el gobierno, que seguiría siendo nombrado por el zar. Se frustró así la evolución del Estado mediante un régimen constitucionalista liberal. Y, para colmo, el nuevo primer ministro, el príncipe Stolypin, reforzó la hostilidad a la reforma política confiando en la estricta reforma económica, y en particular en una mayor privatización de la agricultura en perjuicio de la institución comunal tradicional, el *mir*; esperaba así ampliar el segmento de campesino propietario en favor del Imperio e incrementar la producción comercial y con ello los ingresos fiscales. La disolución del *mir* empeoró la situación del campesinado pobre, activó nuevas protestas allí donde predominaba el sistema comunal, y llevó a Stolypin a significarse por una nueva réplica represora que lo convirtió a ojos del pueblo en tan solo un verdugo de estado. Lenin concluyó que la clave del triunfo de la revolución en el Imperio Ruso habría de ser la alianza entre el proletariado y el campesinado –que había faltado en 1905– con el objetivo inmediato de la “dictadura revolucionaria democrática de los obreros y campesinos” (Lenin, 1905). Bloqueada la refor-

## ¿POR QUÉ LA REVOLUCIÓN SÓLO TRIUNFÓ EN EL IMPERIO RUSO?

ma política, sin tiempo para que la disolución del *mir* produjera mayores beneficios que problemas, la reflexión de Lenin dio un nuevo horizonte estratégico para una salida revolucionaria a la crisis del Imperio con el apoyo social suficiente.

La entrada del Imperio Ruso en la Gran Guerra aceleró el tiempo histórico de la quiebra del estado y su desembocadura en la revolución. Las razones de esa participación eran fundamentalmente geopolíticas, el acceso al Mediterráneo desde el Mar Negro —una compensación por la derrota en Asia— además de un intento de la autocracia de recuperar apoyos mediante la reactivación del nacionalismo paneslavista presentándose como protector de los Balcanes ante la agresividad austriaca. Razones que no llegaron a tener la proyección social deseada por el zar. La guerra nunca tuvo el apoyo popular inicial que, lamentablemente, tuvo en el resto de los países beligerantes y abrió definitivamente la brecha entre la sociedad y el estado. En ningún momento Nicolás II y la minoría social que le seguía apoyando consideraron la necesidad de desarrollar políticas institucionales de “unión sagrada”, ya fuera con gobiernos de la más amplia representación o con acuerdos parlamentarios de apoyo a la guerra; se siguió ninguneando a la Duma y su gobierno personal derivó, más que nunca, hacia un gobierno de corte, casi de camarilla, cuyo desprestigio se incrementó con el truculento episodio de Rasputin. Cuando la guerra derivó en un largo y sangriento conflicto quedaron en evidencia todas las debilidades del Imperio: la de su modernización económica, que no alcanzaba todavía a sostener el nuevo tipo de guerra; sus insuficiencias de infraestructura, que dificultaron las comunicaciones entre frente y retaguardia, entre campo y ciudad; la falta absoluta de representatividad del gobierno del Estado; la vertiginosa pérdida de la capacidad de articular consensos como consecuencia del abuso de la dimensión represora del estado y la falta de uso de sus mecanismos y facultades de integración. Los reveses militares fueron producto de esas debilidades, a lo que pudieron sumarse los problemas de eficiencia de una jerarquía militar interferida por los juegos y tensiones de corte y camarilla.

En 1916 el estado inició su implosión con una nueva oleada de motines campesinos por todo el Imperio, a la que se sumó el incremento masivo de las desertiones que descontrolaban al propio tiempo la estabilidad del frente y la retaguardia. El penúltimo acto de esa implosión fue la conspiración de las elites, en 1916 el general Brusilov y el político liberal Gukchov, con conexiones con Miliukov y con Kerenski, consideraron la necesidad de un golpe de palacio que desplazara a Nicolás II y promoviera un gobierno conectado con la Duma que fuera capaz de reorientar al estado en guerra. Tampoco llegó a tiempo; la revolución estalló antes de que esa maniobra pudiera realizarse.

### 3. Triunfó, pero se quedó sola

El levantamiento campesino se adelantó al levantamiento obrero, que empezó en las movilizaciones en los centros de trabajo; desde los primeros

## 1. LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917

días de 1917, en un escenario de graves problemas de desabastecimiento y frío, se encadenaron protestas, huelgas y manifestaciones, de los trabajadores de San Petersburgo –Petrogrado desde 1914– que exigían ya el fin de la guerra y el derrocamiento del zar. Cronológicamente la revolución empezó el 23 de febrero –8 de marzo del calendario gregoriano– con las celebraciones del Día de la Mujer Trabajadora que originaron duros enfrentamientos entre manifestantes y tropas, y derivaron en una insurrección popular. Como ya había ocurrido en las revueltas campesinas de 1905-1906, las tropas empezaron a negarse a seguir reprimiendo a los manifestantes, pero ahora además también se unieron a ellos y, a diferencia de entonces, el zar no tenía ya ningún margen de maniobra política para neutralizar la insurrección, que se extendió a Moscú y a las guarniciones de la marina de guerra del Báltico; buena parte del territorio del Imperio había quedado ya fuera del control del Estado y en manos de los campesinos desde 1916. Nicolás II abdicó, el 14 de marzo, en un gesto vacío ya que el poder estaba cambiando de manos.

La insurrección de Petrogrado marcó el triunfo de la revolución pero la revolución no fue acto de un día ni se detuvo en los sucesos de febrero que dieron fin al Imperio zarista. El Estado se había hundido y el desenlace de la revolución había de incluir la recomposición de un nuevo poder, fragmentado y centrifugado en febrero, y de un nuevo Estado cuyas características señalarían el alcance de esa revolución. Nominalmente podemos considerar una “revolución de febrero” y otra “revolución de octubre”; en realidad solo existió una revolución. Un mismo proceso revolucionario en el que se planteó la disyuntiva entre circunscribirla a lo que había sido el objetivo de la oposición liberal desde 1905, la reforma política, o la constitución de un nuevo Estado, distinto, que transformara en un hecho de poder el protagonismo popular que había dado el puntapié definitivo a la autocracia. El comité de la Duma –que por propia decisión se constituyó en gobierno provisional– y quienes lo integraron y apoyaron, los grupos liberales (los de Lvov y Miliukov), las facciones moderadas de la socialdemocracia –los mencheviques– y de los “socialistas revolucionarios” así como el pequeño grupo “laborista” de Kerensky, sostuvieron la primera opción que suponía una revolución política pero no social. Lenin y la facción socialdemócrata que lideraba –los “bolcheviques”– retomaron el hilo de sus conclusiones de la revolución de 1905 y defendieron que la única salida que daba satisfacción al levantamiento de obreros y campesinos era la revolución social construyendo su propio Estado, vertebrado por los soviets en el que se integraban los campesinos mediante el reparto de la tierra, no como un objetivo en sí mismo sino como primer paso de la revolución mundial.

La guerra, marco y origen inmediato de la insurrección popular fue, asimismo, el factor determinante de la resolución de esa disyuntiva. La negativa del gobierno provisional a retirarse de la guerra –se comprometió ante Francia y el Reino Unido a seguir en ella– bloqueó el apoyo social que necesitaba para imponerse como autoridad real y hacer avanzar su

agenda política, impidiendo su consolidación (se sucedieron cuatro gobiernos provisionales) y propiciando a partir del verano de 1917 la reacción de movimientos contrarrevolucionarios entre los mandos militares. La insistencia bolchevique en mantener la alternativa de un nuevo Estado revolucionario y acabar con la guerra, fue orientando ese apoyo social hacia su propuesta, que la amenaza de la contrarrevolución acabó presentando como necesidad. La toma del poder de octubre por los bolcheviques y parte de los “socialistas revolucionarios”, con el apoyo del soviet de Petrogrado, no fue un golpe de estado sino el acto que cerró la disyuntiva sobre qué Estado había de constituir la revolución. El último gobierno provisional, encabezado por Kerensky, se derrumbó de la misma manera que lo había hecho la autocracia zarista en febrero, impotente para defenderse. El

### **“... el cumplimiento de la agenda revolucionaria se quedó menos que a medias”**

nuevo gobierno, que ya no se consideró provisional sino revolucionario, bajo la denominación Consejo (Soviet) de los Comisarios del Pueblo, recibió la misma cadena de apoyos que se había producido en febrero, desde el Báltico hasta Moscú y desde el centro del país hasta el Cáucaso. El fin de la guerra, con la declaración inmediata del alto el

fuego y el inicio de negociaciones para estipular el acuerdo de paz con el Imperio Alemán, selló el apoyo popular y la consolidación de la decisión tomada en octubre.

Quedaba todavía una larga tarea, conseguir controlar todo el país, en el que la intervención franco-británica empezaba a multiplicar las resistencias sobre el territorio, y esperar que se cumpliera la agenda de la revolución mundial que había de dar el sentido definitivo de la propuesta bolchevique. El control del país se consiguió, pasando por una cruenta guerra civil cuya explicación excede el objetivo de este artículo (y excedería su extensión); por el contrario, el cumplimiento de la agenda revolucionaria se quedó menos que a medias. Pareció que se cumpliría cuando en noviembre de 1918 estalló en Alemania un levantamiento muy mayoritariamente obrero exigiendo el fin de una guerra que era evidente que ya no podía ganarse. Todo el protagonismo quedó en esas clases trabajadoras y la gestión del levantamiento recayó en manos de la socialdemocracia, que no lo había promovido pero en el que había participado plenamente; una socialdemocracia también dividida, aunque en este caso no por la disyuntiva entre reforma y revolución sino por el apoyo o el rechazo a la guerra. Como en el Imperio Ruso, el emperador, Guillermo II, también abdicó y con él cayó el régimen monárquico, pero a diferencia de lo que había sucedido allí el Estado no se hundió. La revolución de noviembre no estaba precedida por una crisis crónica del sistema, ni por la correspondiente movilización rebelde o revolucionaria. El Imperio Alemán había construido un régimen representativo que a

## 1. LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917

pesar de sus limitaciones y desigualdades permitía al estado integrar a la gran mayoría de la población; y en esa integración estaba incluida la socialdemocracia cuya opción reformista se apuntaló en los años previos a la guerra por la presión de los sindicatos en contra de cualquier alternativa revolucionaria.

Al nuevo poder, el Consejo de los Representantes del Pueblo, integrado a partes iguales por las dos facciones socialdemócratas, se le planteó la misma disyuntiva de la Revolución rusa; sin embargo, las correlaciones de autoridad y fuerza se dibujaron al revés. La mayor fuerza y mayor autoridad la tuvo el sector reformista de la socialdemocracia, dirigido por Ebert, que controlaba el SPD, con el apoyo de los sindicatos afines al partido, dirigidos por Legien; el modelo de la evolución de la democracia parlamentaria al socialismo, de Ebert, y de la “fabrica constitucional” de Legien hacia la socialización progresiva de la empresa bajo dirección sindical era plenamente coincidente. Los defensores de una desembocadura en términos de revolución social que enlazara con la “revolución de los soviets”, liderados por Rosa Luxemburg, siguieron siendo una minoría como lo habían sido siempre en el SPD y no pudieron contar con la organización disidente, el USPD (Partido Socialista Alemán Independiente), fundado sobre el rechazo a la guerra sumando reformistas (como Kautsky o Bernstein) y revolucionarios y profundamente dividida sobre la disyuntiva planteada. Además, la burguesía industrial alemana se apresuró a reforzar la opción de Ebert y Legien firmando en los primeros días de la revolución de noviembre un gran pacto entre patronal y sindicatos, que recogía todas las reivindicaciones del sindicalismo de la época, incluida una difusa promesa de acceso a la gestión de la empresa y a la participación en los beneficios. Sin que la guerra, acabada con la revolución de noviembre, lo desestabilizara Ebert impuso la agenda de restringir el cambio a la instauración de una república democrática en Alemania, manteniendo no solo el sistema capitalista sino el armazón institucional del Estado, empezando por el aparato civil y la cúspide del aparato militar que acató su autoridad (Maier, 1988).

El desengaño ante la orientación que tomó la revolución alemana fue temporalmente distraído, entre 1919 y 1920, por la persistencia de un estallido discontinuo de movilizaciones revolucionarias en Europa central y oriental y por la eclosión de una movilización obrera en Europa occidental que, no obstante, no llegó a pasar del estadio de la reivindicación económica a la de la lucha por el poder. La última ilusión, ya muy forzada, fue la guerra del Estado soviético contra el nuevo Estado polaco promovido por Francia y Gran Bretaña; ilusión derrotada con el fracaso del Ejército Rojo a las puertas de Varsovia a finales del verano de 1920. Aunque hasta 1923 se esperó que la movilización revolucionaria se reactivara en Alemania, tanto en ella como en el resto de Europa la situación se estabilizó en beneficio del sistema capitalista, aun concediendo un proceso de democratización en Europa occidental. El Estado soviético sobrevivió, pero quedó como lo que no



## ¿POR QUÉ LA REVOLUCIÓN SÓLO TRIUNFÓ EN EL IMPERIO RUSO?

habría querido ser: el único Estado revolucionario y no el punto de partida. La “Revolución soviética” quedó reducida a la “Revolución rusa”. La marcha hacia adelante se hizo muy difícil, problemática, pero la vuelta atrás era imposible o, cuando menos, impensable.

*José Luis Martín Ramos* es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona.

### Referencias

Del Rosal, A. (1958) *Los congresos obreros internacionales*. México D.F.: Grijalbo.

Kriegel, A. (1976) “La segunda internacional (1889-1914)”, en J. Droz, *Historia general del socialismo*. Vol 2, *De 1875 à 1918*. Barcelona: Destino.

Figes, O. (1996) *A People's Tragedy. The Russian Revolution 1891-1921*. Londres: Jonathan Cape.

Lenin, V. (1905) *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Ginebra.

Lewin, M. (2006) *El siglo soviético*. Barcelona: Crítica.

Maier, Ch. S. (1988) *La refundación de la Europa burguesa*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.